

DOMINADOS POR PRIMERA VEZ ALGUNOS PICOS DE LA SIERRA NEVADA

Por: el alpinista PIERO GHIGLIONE.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 63 - 64, Volumen XVII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1959*

La Sierra Nevada de Santa Marta es una cadena de montañas que se yergue aislada en el septentrión de Colombia, a espaldas del Mar de los Caribes. Son muy pocos en la misma Colombia los que conocen esta Sierra y sus singulares bellezas: las exploraciones han sido efectuadas todas por extranjeros.

Las mayores cumbres se yerguen casi a pico sobre el mar. Fueron escaladas en 1939 por expediciones estadinenses, alemanas y suizas. Quedaban todavía dos cadenas de picos severos y glaciales, es decir, las que están situadas más hacia el oriente, completamente inexploradas e inaccesibles: son los llamados Nevaditos y los Picos Orientales.

Yo los vi en 1957, cuando escalé las cimas máximas de la Sierra Nevada. Pero para hacer esto era necesario unirme a uno o dos valerosos compañeros, no sólo expertos alpinistas sobre el hielo y sobre rocas sino también avezados a fatigas y privaciones. Fue, pues, con la fuerte ayuda de Giuseppe Pirovano y Gian Carlo Canali como se lograron vencer en enero y febrero de 1958 innumerables dificultades e izar poco a poco el estandarte colombiano junto con el de mi patria, sobre 21 cumbres, altas entre 5.100 y 5.400 metros.

Para escalar los numerosos picos de estas dos cadenas tuvimos que efectuar primeramente marchas difíciles, a pie y a caballo, durante cinco días, a lo largo de estrechos y sinuosos valles, a través de una enmarañada selva, llevando con nosotros las vituallas y el equipaje para unos cuarenta días. Se

dispusieron luego 15 campamentos sobre planadas desiertas y áridas, para dirigirnos finalmente hacia la cumbre, con arduas y complejas salidas, hasta llegar a las heladas crestas donde dominan el viento, el hielo y el cóndor.

Las dos vertientes opuestas de estas crestas descienden perpendicularmente hasta lamer esporádicos lagos, verdes, azules y también rojizos.

Los meses mejores para explorar esta zona son enero y febrero: el cielo entonces es siempre terso y hace posible la ascensión, aunque con algún riesgo, ya por el hielo durísimo, ya por el rosáceo granito, más o menos liso. La temperatura varía mucho, de los 15 a los 22 grados bajo cero; en las largas noches ecuatoriales, a los 40 y más grados durante el día.

Desde aquellas cumbres gozamos de vistas fantásticas; y desde nuestros campamentos sobre las solitarias explanadas contemplamos los matices de los típicos atardeceres del trópico, reflejados en las aguas de los altos lagos y hermoeados por los cálidos tintes de la latitud y por la inminencia de las colosales montañas. Estábamos completamente solos y aquel mundo espectacular era todo para nosotros, sin que experimentásemos la menor perturbación. Por la mañana, a las seis, las primeras luces solares iluminaban el interior de nuestras tiendas: la Sierra, la llanura y por fin los Andes nos parecían infinitos e imponentes; pero aquellos picos que luego, poco a poco, con el largo andar de soleados días, vencimos, se erguían todavía más arduos, más intrépidos.

A más de los Nevaditos y de los Picos Orientales, la buena suerte y la voluntad de llegar nos dieron el modo de abrir nuevas vías sobre los mayores colosos vecinos, tales como el de la Reina, de 5.539 metros, el Ojeda N°1 y el Ojeda N°2. De este último escalamos la cima nevada, aún virgen, por la vertiente oeste, bajando luego por la vertiente sur.

Se escaló igualmente en los primeros días un pico sin nombre de 5.000 metros, a lo largo de su helada vertiente norte: a sus pies se extienden siete lagos de indescriptible belleza. Junto a uno de éstos, a 4.200 metros aproximadamente, levantamos al retorno los campamentos, y en las tranquilas aguas se reflejaban nítidas, perfectas, las molduras de los montes circunstantes.

El ambiente mismo y el tiempo, que estuvo constantemente bueno, nos excitaban a exploraciones y escalamientos que emprendíamos en efecto casi todos los días. La travesía de los "montes de la muerte", efectuada por nosotros al final de la campaña, travesía que ninguna otra expedición había arriesgado hasta ahora, por ser la zona muy peligrosa y desierta, nos empeñó duramente por dos

largas jornadas; así concluyó felizmente nuestra expedición a la Sierra Nevada. Queda ahora en mis compañeros y en el suscrito el grato recuerdo de gloriosas conquistas en lejana y radiante tierra extranjera. El costo total de esta expedición sumó unos dos millones de liras, correspondientes a menos de 20.000 pesos colombianos.

